

versamos juntos. ¿Qué has resuelto hacer? »  
BRUTO. Regíreme por la filosofía que me hizo censurar en Catón el acto de darse muerte. No sé por qué; pero me parece una acción vil acortarse la vida por temor de males futuros. Me armaré de paciencia, y aguardaré que se cumpla la voluntad del poder supremo que preside á nuestros destinos en la tierra.

El suicidio no es, pues, presentado como un heroísmo en Shakspeare; ni tampoco el asesinato del tirano, como se acostumbra en la mayor parte de las tragedias, donde desaparecen los nombres para no quedar mas que los portentos de heroísmo ó de maldad.

La batalla y la muerte de Casio se verifican segun la historia. Al ver su cadáver, Bruto exclama: « ¡Oh César! aun eres poderoso. Tu sombra se pasea por la tierra, y vuelve nuestros aceros contra nuestras entrañas. »

Retratada tambien al natural está la última derrota del ejército, y Bruto que se lanza sobre la espada de Estraton, creyendo que la sombra de César le advierte que ha llegado para él el instante de morir. Su panegírico debe ser recitado por los enemigos.

OCTAVIO. Tengo conmigo á todos los que sirvieron á Bruto.

ANTONIO. De todos los Romanos este fué el mas noble; es el único de los conjurados que no obró por envidia del gran César, y que entró virtuoso en la liga. No tuvo mas pensamiento que el bien y el interes de todos. Su vida se deslizó tranquila y pura: los elementos de su ser estaban tan felizmente proporcionados que la naturaleza pudo decir al universo: — Ahí teneis un hombre.

OCTAVIO. Tributémosle el respeto y hagámosle las exequias que merece su virtud. Su cuerpo reposará esta noche en mi tienda, con todos los adornos mas decorosos de un guerrero.

Es difícil poner en escena un carácter mas insigne que el de Bruto. Educado en la filosofía platónica, afable con el pueblo, lleno de bondad en el seno de su familia, dotado de la melancolía que, en las épocas de crisis, domina las almas nobles, veía los males de Roma y los lamentaba en secreto: cuando Casio le excita á remediarlos matando á César, él pesa la justicia y la necesidad de este acto con su repugnancia de verter sangre y con el amor que profesa á César; y pareciéndole que la balanza se inclina al lado de aquellas, decide la muerte del dictador, no para sucederle, no por la codicia de su herencia, sino por íntimo convencimiento. Así Plutarco nos le pinta en el Senado, abriéndose calle entre los conjurados para sepultar su puñal en el seno de César y participar del *acto justo y santo*. No quiere que se preste juramento: ¿es capaz un ciudadano de faltar á su palabra? ¿Necesita jurar para cumplir con su deber? No quiere que se mate á Antonio; ni tampoco que se le niegue la palabra; por el contrario, se presenta al pueblo para justi-

ficarse, persuadido de obtener su aprobación. Así solo él merece ser respetado por sus mismos enemigos y vengadores de su víctima.

Este carácter lo tomó Shakspeare del estudio general de la naturaleza humana, aplicado especialmente á un tiempo y á un lugar que le suministró la historia; y sin apartarse un ápice de esta, escribió una tragedia que debe figurar entre las mejores del teatro de todos los países.

Voltaire, que no perdía de vista á Shakspeare y que pretendía corregir su rudeza é ignorancia, exageró el carácter y la situación de Bruto haciendo sospechar que fuese hijo de César; de modo que la gran lucha del Senado y el Imperio está oculta detras de un parricidio. El hermoso contraste de Antonio y Bruto desaparece, pues Voltaire no se atreve á presentar en la escena á Bruto parricida, y de consiguiente es arrastrado á la inverosimilitud de que el impetuoso Casio ceda la tribuna á Antonio, acto que solo se adapta á la magnánima confianza de Bruto.

« La Muerte de César de Voltaire (dice Schlegel) es una tragedia incompleta; acaba con un trozo tomado de Shakspeare, cual es el discurso de Antonio ante el cadáver de César; esto equivale á decir que no tiene desenlace. Por otra parte, ¿qué mal concebido y enlazado está todo! ¿Qué trama formada aprisa, y groseramente urdida! ¡Un César que se deja amenazar en presencia de todos los conjurados, y no conoce sus designios! ¡Qué repugnante atrocidad, y ademas contraria al carácter romano es la de Bruto, el cual, informado de que César es su padre, le mata á traición! La historia de Roma suministra ejemplos de padres que condenaron á muerte á sus hijos; las leyes extendían la autoridad paterna hasta poder disponer de la vida de los hijos; pero el asesino de su padre, aunque fuese el salvador de la libertad, no hubiera parecido a los ojos de los Romanos sino un monstruo sacrílego. Ademas, nada tan desagradable como las incongruencias en que incurrió el poeta, obligado por la observancia de la unidad de lugar. La escena, segun se indica, pasa en el Capitolio; la conjuración se trama en medio del día; entretanto César va y viene, y parece que los mismos conjurados no saben dónde están, pues que Casio grita: *Courons au Capitole*.

» No vale mas el *Catilina*, en cuya pieza hallamos iguales defectos. Voltaire no entendía de conjuraciones; aunque, á decir verdad, todo el sistema de las reglas francesas impide dar á tal asunto aquella tétrica energía que le es propia. No solo las unidades de tiempo y de lugar son contrarias á este género de efecto, sino que la necesidad de sostener constantemente el lenguaje elevado, no permite al poeta entrar en la exacta pintura de las particularidades que constituyen en este caso el punto cardinal. Las maquinaciones de una trama, y los esfuerzos para desbaratarla, se asemejan á aquellos trabajos subterráneos de los minadores, por medio

de los cuales los sitiadores y los sitiados tratan recíprocamente de destruirse. Cuando se describen las vueltas de estos oscuros laberintos, el poeta se dirige al entendimiento de los espectadores. Si Catilina y sus cómplices no hubiesen tenido mas astucia y disimulo, ni Ciceron mas resolución y prudencia que las que les da Voltaire, los unos no pusieran á Roma en peligro, ni el otro la salvara. Esta tragedia gira siempre en torno del mismo punto, cada personaje clama contra todos los demas, y ninguno obra. La sencilla narración de Salustio es la verdadera poesía de la historia, y la tragedia de Voltaire se resiente de la retórica escolástica. El poeta inglés Johnson, denigrado y calumniado por Voltaire, habia comprendido mucho mejor, en este asunto, las justas correlaciones de los intereses humanos. »

Con estas últimas palabras Schlegel no quiere decir que la tragedia de Johnson tenga gran mérito. Mas crítico que poeta, aquel Inglés sabia mejor evitar los defectos que obtener las bellezas. En su *Catilina* muestra haber estudiado profundamente á Salustio y Ciceron; pero ignora el arte de transformar la historia en poesía, los sentimientos en acción, como Shakspeare. No se cuidó de las unidades de tiempo y de lugar, impropias mas que de ningun otro asunto de los de esta clase, y abundó en personajes. La sombra de César recita el prólogo, como la de Tántalo en el *Tieste* de Séneca: al fin de cada acto, el coro expone una excelente moral; pero Johnson no supo elevarlo á la importancia de que gozó en la tragedia griega. El primer acto, en que sucede la conjuración, tiene un no sé qué de salvaje y de tosco que revela, sin embargo, estro y vigor. En el segundo hay demasiados discursos de las mujeres que descubren y divulgan la conjuración. En todo lo demas la verdad está conservada siempre; mas sin llegar á unirla con la verdadera poesía.

Los señores Pyat y Theo han probado á escribir algunas escenas que pueden ofrecerse, no como modelo de verdadera dramática, sino como una tentativa de representar á los Romanos, no en los rostros y en el Capitolio, sino en sus casas, con sus ropas, costumbres y lenguaje: de hacerlos ver, dicen, bajados de los zancos, caminar sin hemistiquios y conspirar sin cesuras.

No se crea fuera de propósito esta digresión sobre otras tragedias de argumento romano. Volviendo á Shakspeare, mencionaremos dos mas que tomó de aquella historia: *Coriolano* y *Marcó Antonio*.

Para el primero de estos, la historia le ofrecía escasísimos materiales; la crítica no habia revelado la verdadera índole y el objeto de aquellas luchas, en que la plebe invocaba la igualdad de los derechos, y en que al cabo llegó á citar al soberbio patricio ante el tribunal donde pronunciaba sus decisiones sin necesidad de los auspicios. La acción misma en el poeta no procede tan unida, tan acelerada hácia el fin que

sea capaz de sostener sin debilitarse el interes del lector. Pero el instinto poético le ayudó á adivinar admirablemente la situación de aquellos patricios, obligados á aplaudir una plebe que despreciaban, y los tumultos de una plebe que sentía sus necesidades, sin comprender á fondo la naturaleza de estas y el modo de satisfacerlas, y que se agitaba, como de costumbre, entre el bien y el mal, entre la ambición y el envilecimiento.

Al alzarse el telón, entran muchos ciudadanos amotinados con mazas, palos y otras armas.

PRIMER CIUDADANO. Antes de alejarnos mas, oidme.

MUCHOS CIUDADANOS. Habla, dí pronto.

PRIMER CIUDADANO. ¿Estáis resueltos, decididamente resueltos á morir, mas bien que sufrir el hambre?

CIUDADANOS. Decididamente resueltos.

PRIMER CIUDADANO. Ante todo ¿sabéis que Cayo Marcio es el principal enemigo del pueblo?

CIUDADANOS. Lo sabemos, lo sabemos.

PRIMER CIUDADANO. Matémosle, y tendrémos el trigo barato. ¿Está decidido?

CIUDADANOS. Decidido; no hablemos mas y hágase sin pérdida de tiempo.

SEGUNDO CIUDADANO. Una palabra, buenos ciudadanos.

PRIMER CIUDADANO. Decid *pobres ciudadanos*; tal debe ser nuestro título. El de buenos solo pertenece á los patricios. Nuestros tiranos atesoran lo que sería para nosotros un alivio. Si nos cediesen lo que les sobra mientras aun es tiempo, honraríamos su humanidad. Pero, en su sentir, ese sobrante suyo nos sobraría tambien á nosotros. La palidez que nos cubre, el cuadro de nuestra miseria, son para ellos grato espectáculo, que les hace mas cara su opulencia. Venguémonos pues; desahogemos con estas armas nuestro furor, mientras nos quedan aun fuerzas. Saben los dioses que el hambre es lo que me induce á hablar así; pues no pido sangre, sino pan.

SEGUNDO CIUDADANO. ¿Queréis proceder ántes contra Cayo Marcio?

CIUDADANOS. Sí, que es lobo de su pueblo.

SEGUNDO CIUDADANO. Pensad en los servicios que ha hecho á su patria.

PRIMER CIUDADANO. Es cierto; nosotros se los agradecemos; pero, hartos se ha desquitado con su soberbia.

SEGUNDO CIUDADANO. Hablad sin ira, como valientes que sois.

PRIMER CIUDADANO. Yo os diré que solo el orgullo le ha movido en sus grandes empresas. ¡Necios! ¡Dicen que en todo ha mirado al bien de la patria! Pues bien, contesto que no ha llevado mas mira que complacer á su madre é ilustrar su nombre. Sí, su orgullo es igual á su valor.

SEGUNDO CIUDADANO. Le reprendéis como delito una falta de temperamento que no ha

podido corregir; pero en cambio, no le tacharéis de avaro.

PRIMER CIUDADANO. Si está libre de ese vicio, tiene otros muchos que sería largo enumerar. (*Gritos adentro.*) ¿De dónde proceden esos gritos? El otro lado de la ciudad está insurrecto. ¿Qué hacemos nosotros aquí? ¡Al Capitolio!

CIUDADANOS. Venid, venid.

PRIMER CIUDADANO. Deteneos. ¿Quién llega? (*Entra Menenio Agripa.*)

SEGUNDO CIUDADANO. El valiente Menenio Agripa; uno que ha amado siempre al pueblo. »

PRIMER CIUDADANO. « Sin duda. ¡Si los demás fuesen como él!

Menenio es un viejo mordaz, naturalmente bebedor, que con sus burlas hace resaltar la estupidez de los plebeyos. A fin de reconciliar los ánimos, quiere probar que el hambre no es causada por el Senado ni por los patricios, y refiere la conocida fábula, interrumpiéndole á cada instante los plebeyos con sus acostumbradas reflexiones. Marcio, al contrario, los provoca con los más orgullosos insultos. « ¿Qué nuevos rumores son estos, plebeyos insensatos, á quienes cubre una incesante lepra? »

PRIMER CIUDADANO. ¡Oid las corteses palabras que siempre nos dirige!

MARCIO. El que os hablase con cortesía, sería un indigno adulator. ¿Qué pedís, canalla despreciable, no contenta ni con la guerra ni con la paz, pues la una os aterra, al paso que la otra os hace revoltosos? ¿Quién ha de tener confianza en vosotros? Parecéis leones, y sois tímidos cervatillos; os reputan zorras, y sois gansos; duráis tanto como un carbon encendido sobre el hielo, ó como granizo expuesto al sol. Vuestra virtud consiste en elevar al que se somete al delito y reprimir al que ama la justicia. Aborrecéis á los que merecen honores, y vuestro afecto se asemeja al apetito desordenado de un enfermo, que desea solo aquello que exacerba su mal. Quien fia en vuestro favor, es como si nadase con alas de plomo ó pensase derribar la encina con juncos. ¡Raza maldita! ¡Confiar en vosotros! Á cada minuto mudáis de dictámen; á cada minuto celebráis al que odiábais antes, maldecís á aquellos á quienes tejáis guirnalda. ¿Qué motivo os induce á gritar en varios puntos de la ciudad contra el noble Senado, que deberíais reverenciar despues de los dioses, y sin el cual os devoraríais los unos á los otros?... (*Á Menenio.*) ¿Qué piden?

MENENIO. Trigo barato, porque dicen que la ciudad está bien provista de él.

MARCIO. ¡Ahorcarlos! ¿Qué hay trigo, dicen? ¿Desde junto á su hogar presumen conocer lo que sucede en el Capitolio, quién sube y quién declina, y conjeturar nuestras alianzas, nuestros matrimonios, y hacer triunfar, á su antojo, á los que aman, ó abatir á los que aborrecen al nivel de la suela de su calzado remendado? ¿Dicen que hay bastante trigo? Si los

nobles olvidasen por una vez su ciudad y me dejasen hacer uso de la espada, formaría tal montaña con los cadáveres de algunos miles de estos esclavos que la punta de mi lanza podría tocar apenas la cima.

MEN. Estos están ya convencidos, y aunque su insolencia es grande, mirad cómo van retirándose poco á poco. Pero, decidme, ¿qué piden allá abajo los otros amotinados?

MAR. Ya están dispersos, ¡que no murieran todos! Decían que el hambre los aquejaba, lanzaban suspiros y repetían proverbios á este tenor: — *El hambre rompe las piedras; — conviene que coman los perros; — el saco vacío no se mantiene en pié; — los dioses no dan el grano solamente para los ricos.* De este modo expresaban sus quejas, y como se les contestase, concediéndoles el derecho de petición, presentaron una capaz de hacer estallar un corazón generoso, y temblar á la autoridad más firme. Entónces los hubieráis visto arrojar al aire sus gorros, como si quisiesen colgarlos de los cuernos de la luna y gritar desesperadamente á cual más.

MEN. ¿Qué se les concedió?

MAR. Cinco tribunos para defender sus absurdos privilegios, y elegidos por ellos. Uno es Junio Bruto, otro Sicinio Veluto; los demás no sé... ¡Malditos sean! Antes hubiera destechado esa canalla todas las casas de la ciudad que yo les concediese tanto. Con el tiempo usurparán el poder supremo, y formarán proyectos más vastos para justificar sus rebeliones.

MEN. ¡Extraño caso!

MAR. (*al pueblo.*) Volved á vuestras casas, viles fragmentos de esta sedición; pero se acerca el instante en que predominen los patricios, pues se anuncia que marchan contra Roma los Volscos, mandados por Tulio Aufidio, general valiente, que excita la emulación de Marcio. Si una mitad del universo estuviera en guerra con la otra, y Aufidio pelease bajo mi bandera, me pasaría á la contraria por tener el gusto de reñir con él; es un león, cuyo cazador me enorgullezco de ser.

Así habla Marcio, y acepta contento el ir á combatir contra Tulio Aufidio. Marcio, valiente anciano, general con Cominio en aquella guerra, dice que los años no le han quebrantado, y que « apoyado con una mano en una encina, combatiría con la otra, más bien que permanecer espectador ocioso de aquella guerra. »

Marcio, al tiempo de irse, dice: « Los Volscos tienen trigo en abundancia. Conduzcamos esta gente á sus graneros, pues á fuer de hambrientos reptiles devorarán las provisiones de sus enemigos. Sediciosos dignos de nuestras consideraciones, vuestra valentía se muestra á tiempo; seguidnos, os lo suplico. »

Los tribunos Sicinio y Bruto tiemblan de furor al oír tales insultos.

SICINIO. Me admira que, con tanta arrogancia, sufra el ser segundo de Cominio.

BRUTO. La fama á que aspira y que ya ha adquirido, no puede conservarse ni aumentarse mejor que ocupando un puesto inferior al primero; pues la vergüenza de los errores recaerá toda sobre el general, aunque haya hecho cuanto un hombre es capaz de hacer, y la necia censura gritará, hablando de Marcio: ¡Oh! ¡si él hubiese mandado la expedición!

SICINIO. Y en caso de que el éxito sea bueno, la opinión, favoreciéndole á él, quitará todo el mérito á Cominio.

BRUTO. En efecto, la mitad de los honores de Cominio son de Marcio, aunque Marcio no los haya ganado, y todos los errores del general serán glorias para Marcio, aunque no haya movido un dedo para obtener estas.

Entretanto que el Senado de los Volscos prepara el ataque, Volumnia, madre de Marcio, conforta á Virginia, su mujer, y le dice que no llore su ausencia, pues que participa de su gloria; pero la tierna esposa continúa llena de aprehensiones.

Estamos en el campamento delante de Corioli; Marcio, viendo á los Romanos rechazados, los tacha de cobardes, rehace sus filas y se precipita dentro de la ciudad, la cual es tomada; Marcio, herido, colma de impropiedades á la plebe que se carga de oro, y vuelve á socorrer el campo de Cominio, al cual dice: « ¡Está bien á nuestro señores, los plebeyos, tener tribunos! ¡Malditos sean! ¡No, el tímido ratón no huye del pérfido gato, como ellos de una turba de Volscos que les ganan en lo despreciables! »

COMINIO. Pero ¿cómo habéis triunfado?

MARCIO. ¿Os parece tiempo este de narraciones?... ¿Dónde está el enemigo?

Y al oír que había llevado la mejor parte, renueva la batalla, vence, y los dos generales confiesan que le deben la victoria. Se le brinda que elija lo que quiera del botín, y él no admite mayor porción que los demás, desprecia los aplausos y las músicas del ejército: « Si las trompetas (dice) se vuelven instrumentos de alabanza en el campo de batalla, estos, como las ciudades, no serán más que las pérdidas exterioridades de la adulación. Si el hierro del guerrero se somete á la muelle lisonja como la seda del cortesano, prepárense entónces afeminadas canciones que sirvan de preludio á las batallas. »

Es aclamado con el título de Coriolano, y en Roma, al paso que se alegran sus amigos, tiemblan los tribunos, previendo cómo va á aumentarse su orgullo. Cuando llega en triunfo, se echa á los piés de su madre, la cual se envanece con tal hijo, mientras que la mujer toma afecto llora.

Coriolano piensa entónces en pedir el consulado; mas para conseguirlo, es preciso presentarse humildemente al pueblo, mostrarle las heridas é implorar su voto, cosas á que él ha protestado no querer someter. A fin de atraerse la aristocracia, los patricios hacen que el cónsul refiera en el Capitolio las hazañas del

héroe, y estas bastan para que el Senado le dé su voto. Pero no puede conseguir el de la plebe sin sujetarse á los usos de los candidatos.

PRIMER CIUD. En suma, si pide nuestros votos, no debemos negárselos.

SEGUNDO CIUD. Sin embargo, lo podríamos, si quisiésemos.

TERCER CIUD. Es indudable que reside en nosotros ese poder, mas no somos dueños de ejercerlo, porque si nos muestra sus heridas y nos cuenta sus acciones de guerra, estarémos obligados á besar aquellas cicatrices y á prestar oído á sus palabras. Sí, en caso de que refiera sus nobles hechos, habrémos de manifestarle nuestro reconocimiento, porque la ingratitud es un vicio monstruoso, y si el pueblo fuese ingrato, sería un monstruo. Somos miembros del pueblo, y serémos miembros monstruosos por nuestra culpa.

PRIMER CIUD. Para formar semejante idea de nosotros, bastaría estar á lo que él dice, pues cuando nos sublevamos con motivo de la carestía del grano, no vaciló en llamarnos el monstruo de las cien cabezas.

TERCER CIUD. No es Coriolano el único que nos ha dado ese nombre, fundándose, no en que los unos tengan cabellos castaños y los otros negros, ni en que estos los tengan en abundancia y aquellos sean calvos, sino en la gran variedad de almas que nos distingue. Y en efecto, si todos nuestros ánimos debiesen salir de un solo cráneo, se les vería desplegar las alas al mismo tiempo á Oriente, á Poniente, al Mediodía y al Norte. Partiendo del mismo centro, llegarían en línea recta á todos los puntos de la circunferencia.

SEGUNDO CIUD. ¿Lo creéis así? Ahora bien, ¿qué dirección tomaría mi espíritu, según vos?

TERCER CIUD. Tu espíritu no dejaría su mansión con la presteza que otro; tan sepultado está en el fondo de tu sólida cabeza; pero, si llegase á desasirse, iría derecho al Mediodía.

SEGUNDO CIUD. ¿Por qué hacía ese lado?

TERCER CIUD. Para perderse en medio de la niebla, desde donde, evaporadas las tres cuartas partes y reducidas á corrompido rocío, la última cuarta parte volvería á ti, para ayudarte á encontrar mujer.

SEGUNDO CIUD. ¡Siempre chistoso!... Que os haga buen provecho vuestra risa.

TERCER CIUD. ¿Estáis resueltos á dar el voto? Pero poco importa que lo den todos, la pluralidad decide. En cuanto á mí, digo que si Coriolano se humilla ante el pueblo, no ha habido hombre más digno que él. (*Entran Coriolano y Menenio.*) Ahí está, y trae el humilde vestido del candidato; observémos cómo se porta. No permanezcamos así reunidos, acerquémonos á él, pocos de cada vez, conviene que hable á cada uno en particular, á fin de que á todos individualmente les resulte un ho-

nor personal con elegirlo. Seguidme, y os enseñaré el modo de aproximaros.

TODOS LOS CIUDADANOS. Bien, así está bien. (Salen.)

MEN. ¡Oh señor! vais errado; ¿ignoráis que los mas ilustres Romanos han hecho lo que vos hacéis?

MARC. Pero ¿qué he de decir? Os ruego, señorito bonitillo... ¡Maldicion sobre ellos! No, jamas podré oír á mi lengua decir á un plebeyo: « Mirad mis heridas, las recibí en el » servicio de la patria, miéntas que muchos » Romanos de vuestra esfera temblaban de » miedo, y hacian por no oír el ruido de los » instrumentos militares. »

MEN. ¡Santos dioses! no habléis así. Conviene rogarles que se acuerden de vos.

MARC. ¿Qué se acuerden de mí? ¡Malditos sean! Quisiera que me hubiesen olvidado, como olvidan las amenazas que nuestros augures les hacen en nombre de los dioses.

MEN. Lo echaréis todo á perder. Os dejo, habladlos, os lo suplico, con dulzura y bondad, es necesario. (Sale, y entran dos ciudadanos.)

MARC. Mandadles que se laven la cara y los dientes... Ahí está un par de ellos. — ¿Sabéis por qué me hallo aquí?

PRIMER CIUD. Lo sabemos, señor, decidnos, sin embargo, qué os ha traído á este sitio.

MARC. Mi mérito.

SEGUNDO CIUD. ¿Vuestro mérito?

MARC. Sí, y no mi voluntad.

PRIMER CIUD. ¿Cómo! ¿y no vuestra voluntad?

MARC. Ciertamente, nunca me ha gustado importunar al pobre con peticiones.

PRIMER CIUD. Debéis pensar que si algo os concedemos es con la esperanza de ganar por vuestro medio.

MARC. Está bien, decidme entónces, por favor, ¿á qué precio ponéis el consulado?

PRIMER CIUD. Al precio de pedirlo cortesmente.

MARC. ¿Cortesmente? Haced, pues, que lo obtenga. He recibido heridas, cuyas cicatrices pudiera mostraros particularmente. Ahora bien, dadme vuestro voto. ¿Qué respondéis?

SEGUNDO CIUD. Lo tendréis, digno señor.

MARC. Trato concluido: dos votos de peso... He alcanzado vuestra limosna. Adios.

PRIMER CIUD. ¿Qué cosas extrañas dice?

SEGUNDO CIUD. Si tuviese que darle otra vez el voto... pero, no importa. (Salen, y entran otros dos ciudadanos.)

MARC. Si depende de vosotros mi consulado, os suplico que veáis... llevo el acostumbrado traje.

TERCER CIUD. Habéis servido noblemente á la patria.

MARC. ¡Qué novedad!

TERCER CIUD. Habéis sido el azote de sus enemigos; pero tambien lo habéis sido de sus amigos. No amásteis nunca al pueblo.

MARC. Debiérais reputarme tanto mas vir-

tuoso cuanto ménos pródigo he sido de mi amistad; pero, pues que lo queréis, y si así os agrado, adularé al pueblo, y juraré que miro á los plebeyos como hermanos, á fin de obtener de ellos mayor estima. Seguro de que, en su prudencia, prefieren la vana fórmula de un saludo á los verdaderos sentimientos del corazon, afectaré las apariencias exteriores que los halagan, é imitaré la conducta de los cortesanos pérfidos y falaces. Os ruego, pues, que me déis vuestro voto para ser cónsul.

CUARTO CIUD. Esperamos hallar en vos nuestro amigo, y con esta esperanza os damos de corazon el voto.

TERCER CIUD. Habéis recibido muchas heridas por vuestro país.

MARC. No os lo probaré mostrándooslas. Me alegro de haber conseguido vuestro voto, y no quiero importunaros mas tiempo.

LOS DOS CIUD. Los dioses os colmen de felicidad; tal es nuestro deseo. (Salen.)

MARC. ¡Dulcísimas palabras!... Valdria mas morir, morir de hambre, que pedir tan vilmente la recompensa debida al valor. ¿Por qué me encuentro aquí yo; con este vergonzoso traje, reducido á mendigar el favor de los hombres, cuando para nada los necesito? Es la costumbre; debemos poner por obra cuanto exige la costumbre. Haced que el polvo se acumule por muchos años; el tiempo lo consolidará, y ya los vientos no podrán levantarlo; así el error añadido al error creará montañas, que la verdad no logrará salvar. Antes que recitar de este modo el papel de necio, abandonemos el primer puesto y el supremo honor á quien desee representarlo... Pero, estoy á mitad del camino, y pues tanto he adelantado, preciso es sufrir un poco mas y completar la obra.

Coriolano podrá, pues, obtener el consulado con los votos que ha pedido, pero Bruto y Sicinio despiertan en la plebe la memoria de su orgullo, y este cambia de opinion; de manera que Coriolano, creyéndose ya seguro del consulado, recibe una repulsa. Entónces se entrega mas que nunca á sus impetus contra la plebe y contra el poder tribunicio.

Su marcha al país de los Volscos, la presentacion á su grande enemigo Aufidio, la envidia de este, los ruegos de Volumnia, están tratados con la acostumbrada energía de Shakspeare, y los omitimos solo porque añaden poco ó nada al conocimiento de la historia.

Dicen que Shakspeare carecia de erudicion; y sin duda se podrán señalar en sus obras groseros anacronismos: en el *Coriolano* aparecen ya poderosos los censores, se cita á hasta Galeno, hay otras inexactitudes de costumbres y de lenguaje antiguo; pero la naturaleza está siempre adivinada, y el mayor elogio de su genio sería creer que, por mera fuerza de intuicion, hubiese conseguido dar vida y movimiento á tan diversas edades históricas.

La intriga del *Antonio y Cleopatra* nos parece mejor conducida y de mas interes. Al principio

de la accion nos coloca en el palacio de Alejandria, donde los amigos de Antonio, lamentándose de los ocios de este, nos informan de su envilecimiento: « En otro tiempo sus ojos (dicen) en medio de las legiones dispuestas en batalla lanzaban rayos, como los de Marte, cubierto de la armadura divina; y hoy, esclavos de una frente bronceada, no se apartan, fijos y lánguidos, de este ídolo. » En medio de una pompa bárbara se presentan Antonio y Cleopatra, rodeados de esclavos y eunucos, y dirigiéndose requiebros.

Pero, llega un correo de Roma, y Cleopatra dice: « Vé, pues, Antonio, á darle audiencia. Quizá tu esposa Fulvia esté irritada, ó el jóven César te envíe á decir: — Obedecedme de pe á pa; tomad tal reino, libertad esotro; obedeced, ó incurriréis en mi desagrado. »

ANT. ¿Qué estás hablando? »

CLEOP. Tal vez, y esto es mas verosímil, no podrá prolongarse tu detencion aquí, y César te envia la órden de marcha. Oye, pues, las noticias; infórmate de las quejas que ha expuesto al Senado Fulvia... quise decir César, ó los dos. Pronto, manda entrar á los enviados. ¡Oh Antonio, tú te sonrojas, tan cierto como soy reina de Egipto! ¿La sangre que colora tus mejillas es un homenaje á César, ó es el fuego de la vergüenza que te enciende el rostro cuando la áspera voz de Fulvia colérica te reprende?

ANT. ¡Perezca Roma en las aguas del Tiber, y todo el imperio se desplome sobre sus abatidas columnas! Aquí está mi universo. ¿Qué son los reinos sino un vasto monton de tierra? Nuestro fangoso globo nutre igualmente al bruto y al hombre. Amarse, amarse como nosotros, este es el mas noble, el solo uso de la vida.

Los esclavos y las doncellas de Cleopatra están preguntando la buena ventura á un adivino, miéntas que Antonio oye las noticias de Roma, la derrota de Fulvia, las victorias alcanzadas sobre los Partos, á cuyo anuncio exclama: « Si; es preciso tambien que yo rompa estas cadenas egipcias que me tienen tan fuertemente atado, ó que me sepulte del todo en mi loca pasion. »

Entónces sabe por otro correo la muerte de Fulvia, y resuelve salir de Egipto: « Se acabaron las frivolas respuestas. Que se comuniquen á nuestros oficiales mi resolucion. Declararé abiertamente á la reina la causa de nuestra partida y me despediré de ella. Me excitan á volver, no solo la muerte de Fulvia, sino otros motivos mas apremiantes, que hablan con mayor energía á mi corazon, y ademas cartas de nuestros amigos que forman proyectos en Roma. Sexto Pompeyo ha enviado un desafío á César, y tiene el imperio de los mares. Nuestro pueblo inconstante, que no se adhiere por amor al hombre de mérito sino despues que su mérito ha desaparecido, empieza á traspasar todas las dignidades y la gloria del gran Pompeyo á la persona de su hijo. Este, poderoso por su

fama y las fuerzas que reúne, y mas aun por su juventud y su valor, se eleva, y es ya considerado como un gran guerrero; de consiguiente, si le ayuda la fortuna, el universo pudiera peligrar. Hay mas de un germen maléfico que, si aun no tiene el veneno de la sierpe, comienza ya sin embargo á tomar vida, como el gusano en agua infecta. Haz conocer mi voluntad á los que me están sometidos. »

Vienen en seguida la desesperacion y la ironia de Cleopatra, que insulta á Fulvia y se mofa de Antonio por el poco dolor que muestra de la muerte de aquella y por su resolucion de abandonarla, con un efecto tan creciente que se me figura una obra maestra.

Entretanto Octavio discurre con Lépido sobre los ocios del triunviro, y al oír los triunfos de Menécrates, dice: « Deja, Antonio, las embriagadoras copas y tus muelles vanidades. Acuérdate cuando, rechazado de Módena, después de matar á los dos cónsules Hircio y Pansa, perseguido por el hambre, la combatiste con valor, y á pesar de tu débil educacion, soportaste sus horrores con mas paciencia que los mas crueles salvajes. Bebiste hasta los orines de tus caballos, y las aguas fangosas á que los mismos animales mostraban aversion. Entónces tu paladar tan fino no desdeñó frutos mas ásperos que los renuevos; semejante al ciervo hambriento, cuando la nieve cubre los pastos, devoraste la corteza de los árboles. Dícese que sobre los Alpes (vergonzoso es para ti que yo recuerde tales hechos) te alimentaste de carne tal que tus soldados morian de horror y de espanto á su sola vista, miéntas que tú sobrellevabas aquella horrenda penuria como guerrero intrépido, sin que se notase conmovido tu rostro ni alteradas tus facciones. »

LÉPIDO. ¡Deplorable debilidad la suya!

CÉSAR. Que el sentimiento de la vergüenza le conduzca pronto á Roma. Tiempo es ya de que nos presentemos unidos en el campo de batalla. Reunamos sin demora nuestro consejo para concertar lo que hayamos de hacer, y cesen las ventajas que Pompeyo reporta de nuestra indolencia.

Este elogio en boca de enemigos da gran lustre al carácter de Antonio, que Shakspeare tiende á representar cuál era, con muchas buenas dotes que en la desgracia aparecian, al paso que en la prosperidad las dejaba ahogar bajo un cúmulo de vicios.

En el acto II estamos en Sicilia con Sexto Pompeyo, el cual dice: « Prosperaré, el pueblo me ama, y el mar es mio; mi poder crece cada dia, los presentimientos de mi esperanza me anuncian un feliz éxito. Marco Antonio vivió en Egipto en medio de banquetes, y no querrá salir de allí para hacer la guerra. César acumulando dinero pierde los corazones; Lépido adula á entrambos, y entrambos adulan á Lépido; pero César no ama á ninguno de los dos, ni ninguno de los dos se interesa por César. »

Pero; cómo se admira y apesadumbra al oír